

# LA CRISIS SOCIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA: HEDONISMO DEL *STATUS QUO*

HANS J. MORGENTHAU,  
*de la Universidad de Chicago*

## *Una sociedad de despilfarro*

EL HEDONISMO desenfrenado y satisfecho de la sociedad contemporánea ha producido, al surgir, lo que debe llamarse una sociedad de despilfarro. Porque cuando la productividad de la nación se alimenta de sí misma, por decirlo así, sin servir de medio para lograr fines trascendentes mediante los cuales se seleccionen y señalen los bienes que han de producirse, sobreviene necesariamente el derroche. La producción, engendrada por las necesidades de la vida primero y llevada después por el deseo de hacerla más fácil, más atractiva y más completa, acaba por convertirse en algo parecido a un crecimiento canceroso que se multiplica desordenadamente, creando con artificialidad elaborada y costosa demandas que, si pueden ser llamadas racionales, es únicamente en cuanto a que su meta es la de producir más y más artículos. Este sistema de producción es irracional porque reemplaza las necesidades y deseos humanos genuinos como factores determinantes, por la cantidad como fin último. No es una virtud económica —ni de ninguna otra naturaleza— el que una nación produzca más automóviles este año que el anterior y más el próximo que el presente. Ni hay virtud alguna, excepto la del prestigio, en la capacidad para comprar un nuevo automóvil cada año. Y el elemento de prestigio disminuye al volverse más y más general esa capacidad, por lo menos dentro de grupos sociales enteros, y entonces el conducir un vehículo viejo se convierte en sello de distinción para unos cuantos escogidos

FI I-4

pellejo  
no ha  
e quien  
llo voló  
us que-  
a esta  
s desea-  
mente a  
del an-  
aterial-  
ma, un  
o el ve-  
encan-  
es. Esto  
rían: el  
cho un

aira un  
o y su  
os e in-  
ones, y  
o extra-  
y del  
na eco-  
abande-

as: tan  
la otra  
no sea  
ntes de  
reinaba  
ablaba  
general  
ia sido,  
perple-  
ada de  
ericano,  
se a la

que así demuestran tener el prestigio suficiente para permitirse prescindir de una de sus manifestaciones.

Este sistema de producción es irracional no sólo por no realizar una función económica positiva u otra función social cualquiera, sino también porque desperdicia en extremo los recursos de la nación. Cuando el Sr. Jruschov contempló las carreteras aglomeradas de San Francisco, se dice que exclamó: "Cuánto derroche".\* Este despilfarro es resultado de la competencia y de la corta durabilidad de los artículos provocada artificialmente. Productos idénticos en esencia compiten por obtener una porción mayor del mercado y son esencialmente idénticos porque las necesidades que satisfacen son las mismas, debiendo por la naturaleza propia de las cosas ser satisfechas con productos iguales. La competencia entre los artículos de esta clase puede ser justificada nada más en términos de precio, no de calidad, dando por supuesto que los productos que se hallen por debajo del término medio no tendrán oportunidad de competir, por no satisfacer las necesidades del comprador.

A pesar de ello —tomando como ejemplos las pastas dentífricas y el transporte de pasajeros en vehículos de motor, ejemplos que aunque ofrecen diferencias muy grandes en su importancia económica ilustran los dos prototipos de competencia de disipación—, la competencia entre docenas de diversas clases de pastas dentífricas y cientos de diversas clases de automóviles de pasajeros, dimana principalmente de diferencias ficticias en calidad, no de la base de diferencias reales en precio. Los requisitos que debe llenar la pasta dentífrica para llevar a cabo su función de limpieza son del mismo orden y simplicidad que, digamos, los del agua potable o los de la electricidad. Un producto tipo cuya calidad sea probada periódicamente por una agencia comercial neutral de acuerdo con los requisitos establecidos, podría satisfacer esa necesidad. Las condiciones que debe llenar la producción nacional de automóviles son más complejas en vista de las necesidades del cliente y de los cambios tecnológicos. Es obvio que los auto-

\* *Time*, enero 18, 1960, p. 76.

móviles deben variar en tamaño, potencia y comodidad, y que deben cambiar cada cierto tiempo para aprovecharse de los avances de la técnica. Podría decirse que diez modelos que cambiaran cada cinco años proporcionarían satisfacción racional a las necesidades reales.

La enorme e inútil proliferación de productos virtualmente iguales hecha con fines de competencia, algunas veces hasta dentro de una misma compañía, reclama la creación, renovación e incremento artificial del estímulo en la demanda. Las necesidades son creadas, estimuladas y satisfechas mediante tres operaciones principales: desuso producido en forma artificial o imaginaria, publicidad y distribución. Los esfuerzos que suponen son en buen medida tan inútiles como la multiplicación de productos de los que son resultado inevitable, pues no agregan nada a la sustancia del artículo, por llevar exclusivamente el propósito de vender la máxima cantidad posible a gente que de otro modo no sentiría necesidad de él. El desgaste causado artificialmente es resultado de la elaboración de artículos deliberadamente poco duraderos, para forzar al cliente a cambiar por uno nuevo el que se inutilizó prematuramente. Los focos eléctricos calculados para que se fundan pronto constituyen el ejemplo de esta clase más ampliamente conocido. El inducir al parroquiano a creer que un producto ha caído en desuso, ha llegado a ser procedimiento común en muchas industrias mediante la sustitución anual de modelos atrasados por nuevos, que se asegura son superiores. La persuasión del público de que el modelo del año anterior ya no está en perfecto estado de servicio ha llegado a ser una de las principales tareas de la publicidad, traduciéndose su éxito psicológico en ventas mediante sistemas complicados de distribución que son, por la multiplicación y el derroche de operaciones, la contraparte de la elephantiasis de la producción.

Esta determinación hacia una producción de competencia cada vez más grande, sin ninguna otra finalidad, no se limita a los artículos de consumo. La industria de la construcción florece con ella, demoliendo buenos edificios para hacer campo a otros nuevos. Hasta una actividad tan importante para la sobrevivencia nacional como es el diseño y producción de

proyectiles, ha sido afectada por la multiplicación del esfuerzo creador. Es indudable que esta clase de esfuerzo en la competencia es irracional por no satisfacer necesidades legítimas y por desperdiciar así recursos materiales escasos. No solamente se utiliza el acero en automóviles y en edificios de oficinas innecesarios, cuando podría emplearse con mayor beneficio en la construcción de casas y escuelas, sino que centenares y millares de personas experimentadas ejecutan funciones superfluas supuestamente al servicio de una producción innecesaria. El espíritu de derroche difundido en el sistema económico se refleja en la empleomanía, poco menos que como en un principio universal de ocupación. El incremento como finalidad en sí ha llegado a ser aquí, como en la producción, un principio cuya verdad es aceptada como un dogma evidente. El gobierno federal impulsado por estatutos a mantener al máximo la ocupación, apoya por lo menos implícitamente esta regla.

En realidad el despilfarro no se limita a las esferas industriales y comerciales. La mente humana jamás ha podido concebir nada que sobrepase a nuestro sistema agrícola en su exorbitante prodigalidad. Nuestra educación superior es una enorme operación de desperdicio en términos de lo que el estudiante aprende en el tiempo dedicado al estudio, y lo mismo ocurre con la burocracia en cuanto al número de las personas empleadas para las funciones que desarrollan. El descuido del patrimonio humano y material del país muestra la tendencia a convertirse en hábito nacional, en parte por imitación del ejemplo que ponen la industria y el comercio y en parte por causas más profundas. Así como un manirroto bota su dinero por todos lados a la ventura, porque no tiene un propósito mediante el cual pudiera diferenciar un gasto necesario de uno inútil, así el pueblo que ha perdido la noción de su finalidad se mostrará inclinado a malgastar sus recursos, porque le falta esa disciplina para distinguir, misma que una finalidad definida imparte al pensamiento y a la acción.

Un sistema tan irracional, que parece reducir el propósito a una producción siempre creciente con fin en sí misma, es defendido en nombre de la finalidad original norteamericana

de alcanzar la igualdad en la libertad, por paradójico que parezca. Aplicada a la esfera económica, la encontramos en la libre empresa y en la libre competencia. Estamos aquí en presencia de la versión contemporánea de la paradoja intelectual y de la perversión en la práctica que constituyen, al haberlas percibido y combatido Wilson y los dos Roosevelt, uno de sus títulos a la fama. La libertad de empresa y de competencia, como hemos visto, figuran entre las libertades originales norteamericanas, pero solamente se han acercado a su completa realización en el estado cuasi-anárquico que existía en los confines del país durante su expansión. Su invocación por las concentraciones modernas del poder económico ha servido de pretexto para proteger su propia libertad a no ser reglamentadas, no para salvaguardar o restaurar la libertad de empresa y de competencia de todos, comprometida por la existencia misma de estas concentraciones de poder. Es indudable que el derroche anárquico de nuestro sistema de producción y distribución es análogo a la anarquía que reinaba en la remota frontera, sobrepuesto a la vida económica de la nación.

La pretensión de que el sistema presente de producción y distribución es la verdadera sustancia de la finalidad norteamericana y que cambiarlo perjudicaría a la igualdad en la libertad de que todos disfrutamos, debe de ser despojada de la función ideológica que realiza a favor de las concentraciones de poder económico, y de los usos rituales a que la somete el grueso de la opinión pública. Más bien, debe ser sometida a la prueba de una verificación empírica. ¿Qué significaría para la igualdad y las libertades especiales, las económicas de todos nosotros —productores, distribuidores y consumidores— si nuestra opción múltiple respecto a pastas dentífricas fuera abolida a favor de una marca tipo suministrada por un monopolio, de la misma manera que se nos suministra el agua y la electricidad? ¿Qué pasaría si nuestra libertad de elegir automóviles estuviera limitada, como lo está respecto a los transportes por aire, ferrocarril y mar? ¿Y qué significa realmente que algunos de nosotros nos hayamos impuesto limitaciones como la de conducir nuestros automóviles ignoran-

do su edad en tanto que caminen? Todo ello no significa nada para la igualdad en la libertad de que gozamos.

La igualdad en la libertad es un concepto cualitativo, no cuantitativo. No se alcanza a través de la proliferación indiscriminada de posibilidades a elegir, sino por medio de la preservación y ampliación de preferencias de las que depende el desarrollo y la realización de la persona humana. Y la posibilidad de escoger entre un número irracional de artículos no es una de ellas. La limitación en las opciones de aquella categoría no significa otra cosa que la liberación de recursos materiales y humanos que por ahora se emplean sin ser aprovechados, a fin de poder utilizarlos en otras labores racionales, sin que haya nada de extraordinario en tal redistribución de recursos. El sistema económico lo hace continuamente adaptándose a los cambios tecnológicos y cumpliendo con la ley de la oferta y la demanda, y el gobierno participa de ella en escala gigantesca por medio de los impuestos, de la política crediticia, en sus compras y en sus contratos. Pero obra de esa manera por una multitud de propósitos particulares que no están relacionados entre sí, no guiado por una concepción global de los fines que deben llenar los recursos de la nación.

Esta anarquía y este desperdicio en la producción y en la distribución han sido blanco de la crítica durante mucho tiempo, principalmente en la esfera doctrinal. Durante los treinta en particular, la "economía planificada" fue juzgada ampliamente en los Estados Unidos de América a la misma luz que la nacionalización lo fue en la Gran Bretaña una década más tarde: como una clase de correctivo automático para las evidentes deficiencias del sistema de economía de iniciativa privada. En años recientes, los éxitos rusos en la exploración espacial han impelido a un grupo cada vez más grande de norteamericanos a reexaminar sus propias prácticas e instituciones, y han criticado el sistema de producción y distribución primordialmente con relación a nuestra capacidad para competir con éxito con la Unión Soviética. Si no compartí la fe en la economía planificada cuando era popular, comparto la preocupación contemporánea por la posición para competir que guardan los Estados Unidos de América. Está fuera de

discusión que la supervivencia física misma de este país depende de la suficiencia en su poder de represalia para contener a la Unión Soviética y que no puede permitirse que algo se interponga en el camino para conservar ese poder, o de ser necesario, para restaurarlo rápidamente. Es asimismo lógico, como hemos indicado anteriormente, que en tanto que el prestigio de los Estados Unidos de América en el mundo, y más particularmente entre las naciones neutrales de Asia y África, se derive de la reputación para la excelencia tecnológica, esa reputación debe mantenerse y si es necesario, restablecerla aún a costa de sacrificar instituciones y prácticas tradicionales.

Sin embargo, la mente popular no nada más contempla las deficiencias de este sistema económico en términos de esos intereses internacionales específicos de los Estados Unidos de América, que requieren ajustes y reformas domésticos, sino también y principalmente, a la luz de una pugna total sobre productividad con la Unión Soviética. Ésta ha retado a los Estados Unidos de América en el campo de la productividad general proclamando, para que todos lo oigan, que lo sobrepasará para 1970. Los Estados Unidos de América han recogido el reto como si estuviera empeñado en un concurso deportivo o al menos en una competencia comercial con aquélla. Tal parece que nuestro país es en el presente el campeón mundial en la productividad y que no puede permitir que la Unión Soviética le quite ese campeonato, o que consideran sus relaciones para con ella algo así como la División Chevrolet de la General Motors ve las suyas para con la Ford: que hoy produce más que su competidor más próximo y que debe permanecer adelante aunque para lograrlo cambie considerablemente algunas de sus instituciones y prácticas.

No debe olvidar el lector que esta concepción de competencia con la Unión Soviética es una proyección, en la escena internacional, de la entrega doméstica a lograr una productividad siempre mayor como finalidad en sí misma. Si los Estados Unidos de América mostraron la tendencia a concretar su propósito en el alcance de esa meta cuando creían estar solos en el mundo, permanecen leales a él ahora que la

A pesar del punto de vista de cada cual respecto a los méritos de esta concepción sobre la sociedad, puede declararse enfáticamente que no es la concepción que prevalece actualmente en los Estados Unidos de América. Según el punto de vista que hoy predomina respecto a la vida de la sociedad, nada le precede o trasciende; todo lo que existe en la esfera social ha sido creado por la sociedad misma y las normas a las que se somete son también creación suya. Este juicio sobre la vida social no puede dar cabida a verdades evidentes en sí mismas o a normas objetivas de validez universal. No puede asir verdades que sean evidentes por sí mismas ni normas morales absolutas, sino que debe limitarse a declarar empíricamente que en un tiempo dado y en cierto lugar, un pueblo parece creer que ciertas declaraciones son verdaderas y que se ajusta a ciertas normas morales. La confianza en un sentido común, que es la manifestación racional y moral de una naturaleza humana común que actúa en un mundo común, deja paso a un relativismo sin restricciones, el cual, habiendo abandonado a las normas racionales y morales objetivas, se encuentra a merced de las preferencias de la sociedad, preferencias que no tienen apelación ante una "ley superior" racional o moral, estética o económica, política o religiosa. El hombre masa, la mayoría en una sociedad y en un momento determinado se convierten en la medida de todas las cosas y aquello que la mayoría acepta es bueno porque ella así lo quiere.

Una sociedad concebida de modo que encuentre las normas para su pensamiento y su acción únicamente dentro de sí misma, se convierte en el árbitro soberano de todas las cosas humanas. Los criterios objetivos de excelencia mediante los cuales el hombre civilizado ha aprendido a distinguir una obra de arte de lo que es basura, la pericia de la impostura, la erudición de la adulteración pretenciosa, el hombre bueno del pillo, al estadista del demagogo, la grandeza de la mediocridad . . . todas esas distinciones vitales aparecen empañadas si es que no se borran por las preferencias, que se bastan a sí mismas, de la multitud. Estas distinciones tienden a perder todo significado y lo que la masa desea y tolera se convierte

en la norma final sobre lo que es bueno, verdadero, hermoso, útil y sabio. Lo que puede ganarse es moralmente permitido; lo que se logra que el mercado acepte, para parafrasear otro dicho famoso de Holmes, se convierte en la prueba de la verdad; arte es lo que gusta a la gente; lo que se puede vender es útil; y es justo aquello por lo que la gente vota. El honrado y el pícaro, el docto y el tonto, el artista y el torpe, el hombre de negocios y el estafador, el estadista y el demagogo viven uno al lado del otro, y no siempre es fácil decir quién es lo uno y quién lo otro.

Al volverse borrosas estas diferencias cualitativas, por la reducción de las normas objetivas de excelencia ante la prueba de la aceptabilidad social, el resultado es una degradación en la calidad de la ejecución en todos los campos de la actividad individual o colectiva. La mera aproximación a las normas objetivas de excelencia requiere un esfuerzo supremo de los individuos y de las colectividades, y la aspiración a satisfacerlas extrema las capacidades de los hombres y de las naciones a su límite, sacando lo mejor de ellas. La grandeza se mide por la distancia entre sus aspiraciones y sus logros máximos, y su recompensa es el orgullo de una realización que es una personificación viva de una norma de excelencia. Donde estas normas objetivas e inmutables son sustituidas por cualquiera sociedad que aún las acepte, la calidad del trabajo declina y la estatura del hombre decrece.

El hombre, en lugar de agotar las potencialidades de su naturaleza en el esfuerzo para realizar lo que es importante, aplica la ley de la conservación de energía a su trabajo, requiriendo de éste el menor esfuerzo necesario para satisfacer las demandas de la aceptabilidad social. Con estas demandas como supremas, el trabajo desaliñado, el medro y el engaño se convierten en técnicas prudentes mediante las que se asegura la aprobación social, y con ellas no se puede realizar cosa alguna excelsa. Pocas personas son cesadas de su trabajo por falta de competencia y son muchas las despedidas por falta de aceptación social —en ideas, trabajo o modales. Mientras que para el hombre independiente de empresa la sanción por su incompetencia es todavía la bancarrota, el fracaso del gerente en una

compañía individual es absorbido fácilmente por la empresa gigante que es floreciente en conjunto. Me han dicho que a los diplomáticos cuyos juicios son insistente y probadamente erróneos, a menudo se les asciende y son llevados a otro lugar; es decir, habiéndose probado que su fracaso es socialmente perturbador, se les traslada a otro ambiente social. En la educación y en el saber, en donde de ordinario no es fácil identificar las normas de excelencia, desde el maestro de primaria a través de la tesis de doctorado en filosofía hasta las posiciones y contribuciones del más alto prestigio, es difícil que haya algo en lo que el hombre no pueda salirse con la suya mientras su estilo profesional permanezca a tono con el medio ambiente social. La gente que se escandalizó con nuestros fracasos continuos en el campo de proyectiles dirigidos, pidió más dinero para gastar en ello, pero —por lo que puedo recordar— no para reemplazar a las personas cuya incompetencia, bien conocida en la comunidad científica, fue en gran parte responsable de los fracasos.

No solamente se rebaja así la calidad del trabajo, sino que la función social del mismo se altera y ciertas actividades —las más altas de que es capaz el hombre— se vuelven imposibles. Puesto que el trabajo no se orienta ya hacia las normas objetivas trascendentales de las que antes recibía su contenido, las diferencias dinámicas y las controversias que anteriormente le empujaban hacia adelante para realizar siempre nuevas proezas, también tienden a desaparecer. Es difícil decir qué es lo que vale la pena conocer y hacer y qué no, y las recompensas por la conformidad y las sanciones por la falta de ella tientan a quien piensa o actúa, sin la guía de un propósito, a buscar refugio en lo irrelevante. Hechos y cifras, con sus símbolos, llegan a ser en particular el sustituto socialmente aceptable de las distinciones cualitativas que han perdido su significado. Las actividades sociales tales como educación, saber, administración, propaganda, ayuda extranjera o estrategia militar, tienden a transformarse en empresas técnicas que se bastan y encuentran sus normas en sí mismas, en forma de competencia técnica y de eficiencia.

Por ejemplo, tanto en política como en el campo del

saber, la controversia sustantiva que es la sangre vital de renovación creadora para ambas, se vuelve sin sentido y sospechosa. La controversia no se considera ya primordialmente como un debate sobre quién y qué tiene la razón, sino como un ataque a la conformidad, o sea a la sociedad misma. La disensión no se refuta o confirma, según sea el caso, en niveles racionales y objetivos inherentes al asunto objeto de la controversia, sino que es eliminada mediante el ostracismo, la absorción o la indiferencia, como una amenaza a la sociedad. De este modo el debate sobre lo que es justo se transforma en una lucha de la sociedad para sobrevivir, en contra de aquellos que según parece la ponen en peligro con sus divergencias.

El otro corolario de la decadencia de las normas objetivas de excelencia vuelve imposibles ciertas actividades. En sus manifestaciones genuinas, la religión, la filosofía, la tragedia y el humorismo, requieren una posición independiente fuera de la sociedad. Reclaman normas autónomas mediante las cuales a la sociedad se le pueda atribuir una significación para poder ser comprendida y juzgada. Cuando faltan tales normas o se debilitan a tal grado que no puedan ofrecer una guía plausible para el pensamiento y la acción, aquellas grandes manifestaciones de la actividad humana cambian de función y aun de propia naturaleza, y la sociedad, habiéndose convertido en el ser-todo y fin-todo, las atrae a su torbellino y las utiliza para su propia perpetuación, o si no puede usarlas, les imposibilita la existencia.

Es así como la religión pierde su interés por la verdad y el pecado, y se une a otras fuerzas sociales para justificar, reforzar y mejorar a la sociedad. En la medida en que tiene la pretensión de sentarse a juzgar a ésta en nombre de una norma trascendente, se vuelve sospechosa de ser una fuerza extraña y potencialmente hostil a la sociedad. La filosofía se retira hacia la irrelevancia de la metodología y la semántica o provee de justificaciones ideológicas y de racionalizaciones al *status quo*. La tragedia, habiendo perdido la llave para el entendimiento y la solución del predicamento humano, se envuelve en un pesimismo sin consuelo como hace en Eugenio

O'Neill, o disecta la morbosidad sin fin alguno como hace en Tennessee Williams. El humorismo social, como actitud humana y como forma literaria llega a ser virtualmente inconcebible, porque una sociedad continuamente interesada en su supervivencia y perpetuación, no puede entenderse a sí misma si ríe de sus incongruencias. El no tomarse en serio a sí misma se considera acto próximo a la subversión. Es así como los Estados Unidos de América todavía esperan a su Molière y a Daumier, a su Cervantes y a Swift.

Un sistema de producción cuya finalidad se extinga en su propia expansión sin límites y sin propósito, implica despilfarro de los recursos materiales, y un sistema social cuyo propósito no trascienda su propia perpetuación desperdicia los recursos humanos de la nación. Puesto que la norma final de la acción social ha llegado a ser la aceptabilidad, esto es, la conformidad con el *status quo*, las energías individuales se dirigen hacia tareas sancionadas por esta norma. Son encauzadas por las recompensas —prestigio, dinero, poder— que esperan a la ejecución de tales tareas, y por la inhabilidad con que lidian los que persiguen ajustarse a normas de excelencia ignorando el aplauso social. Es así como la sociedad cultiva entre sus miembros cualidades que conducen a su propia perpetuación sin cambios drásticos ni mucha fricción y que únicamente por clara y rara coincidencia los llevan a la excelencia y a la grandeza. En el proceso de ahogar sus propios impulsos dinámicos y de absorber, por así decirlo, la perfección a que ha llegado, la sociedad no puede evitar el mutilar a sus propios miembros, remodelándolos a su imagen sedentaria.

La esterilidad de la sociedad encuentra su contraparte natural en la atrofia de la facultad del individuo para realizarse íntegramente. La visión de la perfección humana, o sea de todas las excelencias de que es capaz el hombre y que lo llevan más allá de los límites de su naturaleza moviéndolo a intentar lo imposible y lo imprevisto, es borrada por el cuadro utilitario de una sociedad cuyos miembros no se diferencian mucho unos de otros. Los riesgos y las recompensas de la excelencia ceden ante las ventajas de ser como todos los de-

más, y los hombres que podrían ser grandes encuentran satisfacción en ser útiles, sin ser inoportunos. Es así como la sociedad obliga a sus miembros a vivir por debajo de sus capacidades en lugar de agotarlas, dirigiendo equivocadamente sus energías y desperdiciando lo mejor de sus aptitudes. Puesto que aquélla puede utilizar lo excelente sólo cuando es conformista, tiene que desalentarlo y descuidarlo cuando no se le somete. En consecuencia, la idea misma de excelencia se desacredita y la facultad individual de aspirar a ella y alcanzarla se marchita por falta de uso.

La educación misma, cuya misión debiera ser la de canalizar, demostrar, despertar la aspiración hacia la excelencia y guiar hacia su realización, se convierte cuando menos en el instrumento principal para subordinarla a la abrumadora norma de la aceptabilidad social. No enseña a aspirar lo óptimo, sino a adaptarse a lo común. ¡Quién puede olvidar el espectáculo que ofrece lo mejor de la juventud del país al ingresar a las instituciones de enseñanza superior, sedienta de conocimientos y de actividad, y de tantos que salen de ellas estupidizados en busca de un empleo! Han sido educados, es decir, han sido reducidos a la talla indicada por las especificaciones sociales. Lord Bryce preguntaba hace setenta años: "¿Por qué los grandes hombres no son escogidos para presidentes?" Ahora nosotros lanzamos la pregunta de por qué, a pesar de la abundancia de recursos humanos, la nación se niega a producir grandes hombres.

La sociedad norteamericana, al subordinar la excelencia a la aceptabilidad, renuncia a las acciones que revelan lo superior, forzándose a vivir de los logros acumulados del pasado. Trueca los riesgos y recompensas del cambio creador por la estabilidad del *status quo*. Una sociedad puede continuar en este estado mental por cierto tiempo, presentando la apariencia de vida ahí donde la fuente vital se ha agotado. Pero ninguna sociedad puede continuar de ese modo indefinidamente sin llegar a la decadencia seguida de estancamiento; el destino de España nos dice lo que le está reservado a una nación así, a pesar de la abundancia de vitalidad y talento individuales. La sociedad norteamericana, menos que nin-

guna otra, puede permitirse el permanecer quieta, repasando y disfrutando lo que ha realizado, porque su constante renovación a la luz de su propia finalidad, al culminar en una sucesión de revoluciones, es la ley misma de su manera individual de ser. Una sociedad estática, que crece hacia dentro, satisfecha de sí misma, viendo hacia atrás lo que ha logrado en lugar de contemplar hacia adelante las realizaciones que demanda su propósito, es en un sentido profundo una sociedad no-americana que al negar su finalidad rechaza su pasado y excluye su futuro.

Y una sociedad de esa naturaleza está destinada a vivir en lucha consigo misma. Es decir, su propio egocentrismo y complacencia, su conformismo y devoción para con el *status quo*, se hallan opuestos a su vitalidad frustrada, a su industriiosidad sin directriz y a la búsqueda sin objeto de sus componentes. La movilidad vertical, que reconocimos antes como una cualidad distintiva de la sociedad norteamericana, no puede encontrar otra razón que su propia perpetuación, uniéndose en este respecto a la producción industrial con el conformismo. Es así como la sociedad norteamericana se mueve y gira sobre sí misma con energía incesante, pero no sabe para qué y hacia dónde. De hecho se mantiene quieta mientras se mueve. Donde otras sociedades han construido para la eternidad, ella destruye lo que ha construido para mañana a fin de construir para otro día. Grandes cosas se han hecho o al menos se han iniciado en arquitectura, en educación superior, en las artes representativas, para ser luego borradas y olvidadas como si nunca hubieran existido. La misma fama, en lugar de estar constituida por la reputación en una clase particular de excelencia, ganada ajustándose a sus normas, llega a ser un producto de relaciones públicas que se disipa por falta de publicidad cuando los expertos deciden que se requiere un nuevo producto para estimular al público. Es significativo que los hombres famosos, cuya fama debiera ser tan perenne como las normas de excelencia que personifican, se convierten en celebridades, en artefactos efímeros de publicidad.

*Los Síntomas de Malestar*

La sociedad contemporánea siente, como siente el individuo más concentrado en sí mismo, que su finalidad no puede agotarse en la sola perpetuación. No siendo capaz de comprender y de dar forma a las normas autónomas de las que puede derivar un propósito trascendental, buscó un sustituto que al dejar intacto el *status quo* social, creara la ilusión de la trascendencia y lo halló en lo que se hace pasar en el extranjero como logro de excelencia y en casa como novedad y excentricidad superiores. La sociedad americana ha llegado a considerar como superior lo que es extranjero y lo que es nuevo y excéntrico. En esto pareció encontrar las normas mediante las cuales podría juzgar y mejorar sus propios logros, sin darse cuenta que las creaba dentro de sí misma y que todo lo que necesitaba era reconocerlas y poner orden en sus manifestaciones caóticas.

El provincialismo cultural que equipara un origen extranjero a una calidad superior pudo haber tenido justificación en un tiempo, pero se volvió absurdamente fuera de lugar con la vitalidad, la facultad creadora y las proezas de la cultura norteamericana. Mientras los europeos comenzaron a notar que las fuerzas creadoras de la civilización occidental se habían trasladado hacia el oeste a través del océano, los norteamericanos siguieron buscando en Europa, y más concretamente en Inglaterra, las normas de criterio intelectual y estético y las de aspiración creadora. No advirtieron que había más vitalidad intelectual en cualesquiera de las cinco o seis mejores universidades norteamericanas, aunque de educación y pulimento literario menos formales, que en cualquiera otras dos universidades europeas juntas. No se les ocurrió que en arquitectura, literatura, música y teatro, los Estados Unidos de América habían comenzado a imponer el modelo y el paso a toda la civilización occidental. Mucho después de que Europa había comenzado a imitar a los Estados Unidos, este país todavía creía que tenía que seguir imitándola. Y fue así como su propia originalidad en el campo de las ideas, por ejemplo, permaneció oculta a sus ojos. Los

norteamericanos escuchan extasiados cuando los viajeros ingleses les dicen lo que son los Estados Unidos, sin notar que lo que escuchan son ideas norteamericanas, adornadas con vestidura y acento ingleses. Las ideas norteamericanas, para poder llegar a ser respetables intelectualmente en los Estados Unidos, no podrían hacer nada mejor que viajar a Inglaterra para regresar con un pie de imprenta inglés.

La subordinación a las importaciones extranjeras, como sustituto de las normas objetivas de excelencia, deprecia los logros de la cultura norteamericana, reduciendo su propia estimación y su osadía y, por lo tanto, su inventiva. El sustituto interno representado por la novedad y la excentricidad produce un daño todavía más grave. La novedad destruye lo que se ha creado, y vuelve a destruirlo siempre. En consecuencia disuelve la continuidad de la cultura, que se construye piedra sobre piedra conservando lo que ha ido quedando atrás, y sin lo cual no puede haber una cultura auténtica. El resplandor brillante y cálido de una cultura genuina se reduce aquí a una serie de destellos aislados de genio. Pues aquélla está constituida, antes que nada, por el respeto a la tradición, por las realizaciones vivas del pasado consideradas como personificaciones de las normas de excelencia permanentes, por la memoria de lo que los hombres pudieron hacer en el pasado y como un modelo de lo que pueden hacer de nuevo.

La novedad y la excentricidad como normas de evaluación cultural son adecuadas para una sociedad que encuentra su finalidad en su propia perpetuación, que se entrega a lo sumo a mejorar el *status quo*, y que se mueve sobre sí misma en lugar de hacerlo hacia adelante. Una sociedad con el propósito de ajustarse a normas independientes de excelencia, puede medir el progreso por la distancia que la separa de esas normas. La que ha perdido el lazo vital con ellas tiene que definirlo por el movimiento puro, sin directriz y bastándose a sí misma. Lo que es nuevo es superior a lo que le ha precedido, en fuerza de su novedad. Mucha de esa novedad es espuria; los modelos más recientes de mercancía de consumo, de arte, de literatura y de conocimientos son, más frecuentemente de lo que se cree, los modelos de ayer que nadie recuerda. Pero falsa

o no, la novedad crea la ilusión de que una sociedad que ha decidido permanecer estacionaria de hecho se dirige a alguna parte.

Cuando la novedad es auténtica y consistente, es de lo más destructivo. Ha aniquilado virtualmente a la educación norteamericana o sea al manantial mismo de una cultura ininterrumpida. Lo que se enseñaba de cierta manera anteriormente —desde lectura, aritmética e inglés hasta idiomas extranjeros y estudios sociales— debe enseñarse de modo diferente, no porque se haya probado que los métodos antiguos eran ineficaces, sino porque han envejecido. En el proceso de innovación incesante, el propósito original de enseñar que consiste en transmitir el conocimiento, la comprensión y la disciplina intelectual, tiende a desaparecer por completo. Lo que nunca se ha intentado, probablemente porque es absurdo, tiene que ser experimentado para ver qué pasa. Baste citar dos ejemplos que han acontecido: a nadie se le ha ocurrido enseñar a los estudiantes de primer año de secundaria, lógica simbólica en lugar de primer año de álgebra, por lo tanto, ensayémoslo y no importa que el alumno que nunca ha estudiado el primer año de álgebra no estudie tampoco el segundo, suponiendo que haya comprendido la lógica simbólica. Nadie ha intentado enseñar por televisión a media clase de primer año de secundaria para investigar lo que le ocurre en comparación con la otra mitad que fue enseñada por profesores; así que hay que probar esto también, y el profesor de pedagogía que hizo este experimento resumió los resultados diciendo en una conferencia pública, "Creo que ahí tenemos algo, pero no sé qué es". ¡Cuántos profesores me han preguntado por nuevos métodos para enseñar relaciones internacionales y sin duda hallaron absurda mi pregunta respecto a lo que tenían de malo los viejos sistemas!

Al igual que el hedonismo de la producción, el hedonismo de la novedad que impele a experimentar, ignorando las consecuencias, se convierte en un crecimiento canceroso que amenaza a la vida con su proliferación sin designio. Sus manifestaciones más irracionales desembocan en la excentricidad, cuya tolerancia y cultivo ofrecen a la sociedad norteamericana una

función sustitutiva semejante a la de la novedad. La excentricidad —desde los experimentos ridículos en educación, arte, literatura y ciencia hasta el manejo de la cosa política, el grupo de los “beatniks” y el desviacionismo en el vestido y en los ademanes—, crea para una sociedad egocéntrica y encerrada en sí misma la ilusión de un reto interior. El excéntrico se comporta en tal sociedad como el bufón de corte lo hacía con el príncipe: desafía a los valores prevalecientes sin ponerlos en peligro.

Más concretamente, la excentricidad como institución social ocupa el lugar de la revolución permanente norteamericana, cuya realidad no tolera ya la sociedad. Ésta es incapaz de reconocer siquiera la realidad de la revolución y la trata con indiferencia, como mera excentricidad, cuando aparece en el medio ambiente en forma de propuestas radicales de reforma. El excéntrico tiene el papel de un falso revolucionario que conserva la sociedad porque no le teme, que puede desafiarla y mancharla pero no ponerla en peligro, lo que no haría aunque pudiera. La sociedad está segura y precisamente por estarlo puede tolerar en su seno y aún subvencionar a la excentricidad, y ese espectáculo de la desviación irrelevante y por lo tanto inocua, la reasegura doblemente en su estabilidad, y, por así decirlo, en su alma revolucionaria. La sociedad se prueba a sí misma por medio de la tolerancia y de la institucionalización de la excentricidad, que todavía puede trascender, aunque esa trascendencia no tenga más propósito que el de desviarse de sí misma sin que signifique nada para su finalidad. Pero una sociedad satisfecha con su conformismo e intranquila por ello, a la vez, se capacita para gozar del espectáculo de la no conformidad y de la realidad de su antagonismo.

Sin embargo, el sentido de seguridad que deriva la sociedad con el disfrute del *status quo* es ambivalente y precario. No es el sentido de seguridad que adquiere la persona que pone a prueba su capacidad ejecutando lo que debe hacer, y que desvanece su inseguridad al probarse a sí misma. Por el contrario, es el sentido de seguridad que experimenta un hombre demasiado seguro para aventurarse lejos y prefiere la certeza

de lo que ha logrado a los riesgos y promesas de futuras realizaciones. Su sentido de seguridad surge, no de la inseguridad vencida sino de la inseguridad reprimida. Se siente seguro porque no se aventura más allá de lo que se ha alcanzado, y sabe muy bien que detrás de las fronteras de lo realizado por él yacen nuevos mundos por conquistar, a su alcance o al de algún otro. Y se requiere poco, como ha mostrado el macartismo, para que esa seguridad superficial sea ahogada por una ola de inseguridad que venga de muy adentro.

### *Igualdad en la Libertad. Su transformación*

Todos estos cambios y tendencias de la sociedad contemporánea apuntan hacia un cambio fundamental en la naturaleza de las finalidades norteamericanas. La igualdad y la libertad son, como se ha visto, conceptos formales que reciben su significación de conceptos sustantivos con los que están relacionados. El principio de la igualdad suscita la pregunta: ¿con relación a qué se es igual? El principio de libertad provoca la pregunta: ¿de qué se es libre? Y ambas deben responder a esta interrogación: ¿igual y libre para qué? A través de toda la historia norteamericana, la promesa que encierran estos dos propósitos se renovaba con el conocimiento de su rechazo en la práctica. La experiencia periódica de su aplicación precaria y de su negación parcial era lo que restauraba la vitalidad de los fines norteamericanos. Esta experiencia planteó estas cuestiones una y otra vez y exigió que se les diera respuesta, lo que se hizo mediante la invocación y aplicación de principios sustantivos de justicia, relativos a los problemas del tiempo, tales como el de la esclavitud, de la soberanía del Estado o de reforma social. Estos principios eran los conceptos últimos de los cuales el fin norteamericano de igualdad en la libertad recibía su contenido concreto y su estructura.

En nuestros días, la experiencia a través del fracaso posible o verdadero ha sido sustituida por la persuasión de que los fines de los Estados Unidos de América se han realizado en su integridad y de que los principios sustantivos de justicia se han diluido en las normas de aceptabilidad social. En conse-

cuencia, igualdad y libertad han cambiado de contenido. Ahora se mantienen por sí mismas, valga la expresión, sin que ningún problema concreto ni ningún principio trascendente les ofrezca estructura y significación, que deben hallar en sí mismas, y las preguntas significativas que hemos mencionado no pueden ser contestadas porque ya no pueden formularse.

Si no puede formularse la pregunta "¿igual con relación a qué?", no es posible distinguir entre igualdad legítima e ilegítima. El principio viene entonces a cubrir la igualdad existencial de los hombres creados iguales, igualdad en derechos políticos y en oportunidades por una parte, y por la otra un igualitarismo sin discriminación que hace a todos iguales entre sí. Personas y cosas diferentes tienen que ser tratadas como iguales aunque las normas objetivas requieran diverso tratamiento. La distinción misma entre lo que es superior y lo que no lo es en arte, literatura, ética, política y ciencia se torna odiosa, se convierte en una infracción artística al principio igualitario. Hasta las distinciones elementales entre niños y adultos, el sabio y el tonto, el culto y el ignorante, se vuelven sospechosas. No puede haber más que una filantropía terapéutica que, contrarrestando el menosprecio de lo antiguo por la búsqueda de lo novedoso, transforma la distinción natural entre lo viejo y lo nuevo en el problema soluble de "madurez posterior", y reduce esa distinción natural entre lo reciente y lo viejo al problema de lo que podría llamarse de "adultos en proceso".

La igualdad sin distinción también destruye el significado de libertad porque, como hemos visto, la igualdad y la libertad absolutas son idénticas y carecen de un significado civilizado. Quien es absolutamente igual es absolutamente libre, porque cualquiera limitación a la libertad implica subordinación que se opone a la igualdad. Sin embargo, una libertad significativa requiere distinción entre aquellas esferas y formas de acción respecto a las cuales el hombre debe de ser libre y aquellas otras que deben serle impuestas desde arriba. En otras palabras, una libertad con sentido requiere distinción entre la libertad legítima y la ilegítima. Y de aquí que si no puede formularse la pregunta ¿de qué se es libre?, es

imposible distinguir entre libertad y libertinaje o entre orden y anarquía. Los órdenes jerárquicos, únicos en los que puede florecer la libertad legítima, tales como los existentes entre padres e hijos, profesores y alumnos, gobierno y ciudadanos, aparecen sospechosos de ilegitimidad porque la menoscaban.

Si la cuestión de ¿igual y libre para qué? no puede ser planteada, se priva de su significado a la igualdad y a la libertad, en cualquiera forma en que sean concebidas, en otro sentido más. Indudablemente que la libertad y la igualdad son buenas en sí mismas por ser propias a la naturaleza del hombre y por responder a sus aspiraciones elementales. Y, sin embargo, su logro constituye sólo uno de los requisitos previos de la realización plena del hombre. Para llevar a cabo esa propia realización, la igualdad y la libertad deben ser dirigidas hacia una meta trascendental sustantiva, para cuya consecución se requieren ambas. De tal meta reciben su orden, sus límites y su propósito, en suma, su significado, aquellos dos conceptos. Por paradójico que parezca, la igualdad y la libertad divorciadas de esa meta y buscadas por sí mismas, van a dar a un igualitarismo cuya primer función es impedir el desarrollo individual y social y luego las pone en peligro a ellas mismas.

En una sociedad tan igualitaria y libre, el orden tiende a convertirse en un simple asunto de hecho, en el resultado de la distribución de poder existente en un momento dado, y los principios autónomos de los cuales surge un orden legítimo se encuentran en vías de perder su aceptabilidad. La sociedad se convierte en la imagen del lejano oeste, y lo que era allá una situación efímera y marginal se desplaza hacia el centro social. El dinamismo individual de igualdad y libertad casi absolutos, característico del lejano oeste, no tiene nada que hacer en una sociedad que ha extraviado sus grandes principios porque cree que los tiene asegurados; por eso busca, como en la vieja frontera, la movilidad por sí misma. El desafío a la ley, mucho más común de lo que se admite generalmente en sus manifestaciones juveniles, organizadas y sociales en general, y la fascinación por la violencia y el desorden en el arte y en la vida, ofrecen satisfacciones en sustitución del espíritu del le-

jano oeste, que ni disfrutaban de las oportunidades de los espacios abiertos ni son contenidas dentro de una armazón compartida de normas objetivas de conducta.

La sociedad norteamericana no puede protegerse con sus propios recursos internos contra la invasión de los dominios de la calidad en la igualdad. Porque, como hemos visto, ha sido creada y mantenida en forma igualitaria en oposición consciente a esas sociedades estructuradas en las que la aristocracia por el nacimiento o por el mérito imponen a la mayoría su autoridad política y sus normas de excelencia. Las normas de excelencia con las que la sociedad norteamericana domesticó sus instintos igualitarios fueron suyas únicamente, por así decirlo. Fueron aceptadas e impuestas voluntariamente. En tanto que los Estados Unidos han producido una aristocracia, ha sido la del mérito, vagamente definida y siempre cambiante en composición, que es además una aristocracia interna, digamos. La ha creado la deferencia que la gente ha otorgado, aunque de manera vacilante, a ciertas personas en las que ha visto manifestarse esas normas de excelencia que ha aceptado sin poder realizarlas. Al perderse esas normas, no hubo nada que ocupara su lugar. No hay Mecenas ni príncipe Medici que pudiera preservarlas ignorando lo que la gente acepta. Porque mientras la aristocracia del viejo mundo se hallaba en la sociedad pero no le pertenecía, la norteamericana ha sido parte integrante suya y creada tal como es por ella. Ha sido la personificación de las normas con las que la sociedad se identificó libre y espontáneamente.

El grado de subordinación que guarda la sociedad norteamericana a los principios de excelencia escogidos libremente por la gente en general, en lugar de estarlo a instituciones particulares para el mantenimiento de distinciones cualitativas, lo demuestra claramente el papel que las grandes fundaciones han sostenido a este respecto. Hay aquí instituciones dedicadas a preservar el ambiente en el que se cumplan las normas de excelencia, dotadas de independencia legal y de recursos financieros iguales, si no superiores, a los de las aristocracias del viejo mundo. Pero aunque las fundaciones estén dotadas de ese modo, deben responder a las preferencias de la

sociedad en una medida en que el príncipe Medici no necesitó estarlo. Pueden sustentar las manifestaciones de excelencia únicamente en la extensión en que la sociedad las apoya. Si ésta se torna olvidadiza de esas normas, ellas hacen lo mismo, y si les vuelve la espalda abrazándose a una satisfacción narcisista, las fundaciones no pueden hacer otra cosa que asociarse en el sostenimiento del *status quo* y en los sustitutos representados por la novedad y la excentricidad, con los cuales se trata de compensar la pérdida de aquéllas.

Esta dependencia de las normas de excelencia, no de un grupo social claramente definido ni estable, sino de una sociedad desorganizada en su conjunto, señala la importancia crucial de la educación de las masas para la sobrevivencia de las normas. Una sociedad culturalmente estratificada puede permitirse dejarlas al cuidado de la aristocracia que ha asumido esa responsabilidad y que ha sido adiestrada para afrontarla. La educación de las masas puede ser deseable para tal sociedad, pero no es necesariamente vital para ella. Pero cuando la élite cultural deriva su autoridad únicamente del mérito, espontánea pero provisionalmente reconocido en un diario plebiscito por aquellos que sean capaces de reconocerlo, la educación de las masas es el instrumento indispensable para la perpetuación de las normas de excelencia. Porque la educación global se dirige a servir el propósito —aunque en la realidad se halla muy lejos de hacerlo—, de impartir las normas de excelencia virtualmente a toda la población y de reclutar continuamente miembros para la élite amorfa que ha de preservarlas, aplicarlas y trasmitirlas. Es, pues, el mérito reconocido el que determina quién puede exigir el derecho a formar parte de la élite.

Teniendo en cuenta esta necesidad vital de la sociedad norteamericana en la educación de las masas, debe juzgarse el lugar central que ha ocupado en los Estados Unidos de América desde un principio. Los pioneros que se establecieron en América y después se desplazaron hacia el oeste, llevaban consigo las normas de excelencia y pudieron perpetuarlas impartíendolas a sus hijos. Si la civilización había de erigirse en el desierto o sucumbir a la barbarie de que estaba rodeada, tenía

que decidirlo cada hombre mediante sus propios esfuerzos para educarse y educar a sus hijos. La multiplicación de colegios en el medio oeste, que data de los primeros días de la colonización, indica lo general y persistente de estos esfuerzos. La aparición de muchos hombres grandes y competentes en esa sociedad demuestra el éxito continuado del sistema educativo. En la aparición de una figura tan única y augusta como es la de Lincoln, al personificar el origen popular y la profundidad y vitalidad de esas normas, encuentra su consumación ese sistema de educación.

La educación norteamericana no ha fracasado en sus manifestaciones populares seculares y religiosas, que han permanecido hasta cierto grado unidas a normas objetivas de excelencia, sino en sus grandes instituciones públicas y privadas que, como hemos visto, han sustituido esas normas por la conformidad, la novedad y la excentricidad. La patente inadecuación de estas instituciones pone en peligro la civilización norteamericana excepto cuando fracasan al no enseñar, convirtiéndose en una amenaza positiva cuando logran cambiar lo que debería ser enseñado por sus propias normas corrompidas.

Su falta de adecuación ha dado nacimiento a dos sustitutos de la educación de las masas, esencialmente antiamericanos, que tratan de preservar las normas objetivas de excelencia desdeñadas y destruidas por esa educación. Las instituciones privadas de enseñanza, exclusivas para grupos cerrados, se esfuerzan por conservar para unos cuantos las tradiciones culturales que pueden ser una fuerza vital en la sociedad norteamericana únicamente en tanto que las masas pueden entenderlas y valorizarlas. Mientras estas instituciones de educación proporcionan a la aristocracia del dinero una especie de "gran tour de l'Europe" durante la temporada, como el que enseñó a los aristócratas ingleses del siglo XVIII las normas de lo que era bueno, verdadero y bello, el sustituto del pobre, de ese sustituto aristocrático de las escuelas privadas exclusivistas, lo constituye la admiración sin reservas de la cultura europea, por así decirlo. El "pobre", ignorante de las normas de excelencia y por lo mismo incapaz de percibir sus manifestaciones nativas a su alrededor, aunque vagamente consciente de su

existencia y añorándolas, considera a Europa como su única morada, porque en Europa sus manifestaciones son claramente visibles en los grandes monumentos de las realizaciones aristocráticas.

Este exclusivismo aristocrático y este esnobismo pseudo-aristocrático son antinorteamericanos en tanto que ignoran y desprecian la fuente popular de la cultura norteamericana y la cultura misma. A pesar de ello, estas dos desviaciones tienen una ventaja sobre la educación de las masas como se practica actualmente, olvidada de toda cultura; porque aquéllas reconocen al menos la existencia y la necesidad de cultura y de las normas objetivas de las que se nutre. Ambas, las islas de una educación aristocrática y el esnobismo que busca al otro lado del océano lo que podría encontrar en casa, expresan una aspiración colectiva que respondería a una educación genuina y que responde a sus manifestaciones esporádicas y aisladas.